

FUÉ aquel viejo maestro, alto, enjuto, de cara angulosa, ojos vivos, mirada compasiva y penetrante, como un alto fanal, empinado sobre todas las conciencias de su época, para señalar la ruta del deber y del decoro colectivo en la noche tormentosa del coloniaje. Fué algo más que un hombre de vida santa

y austera, íntegro, recto y ejemplar por su civismo. Fué algo más que un educador, de sólida y profunda cultura, que en el estado bochornoso de nuestra instrucción pública en la primera mitad del siglo pasado, introdujo nuevos métodos y procedimientos de enseñanza, y sacudió un poco el árbol carcomido de la escuela verbalista y escolástica. Fué algo más que un pensador, bien orientado en diversas doctrinas y sistemas filosóficos, autor de aforismos, que como granos de oro, pero granos al fin, resplandecen en su corta y dialéctica producción literaria.

Los que creemos en hombres providenciales, pensamos que don José de la Luz y Caballero por un designio oculto surgió en la época más crítica de la vida cubana para cumplir un deber altísimo, para ejercer una influencia tan decisiva, que sólo quien como él encarnó tan múltiples y valiosas cualidades, que sólo quien como él pudo unir a los privilegios de su talento, las bondades de su corazón, la firmeza de su voluntad y la integridad de su carácter, era capaz de erguirse, sobre un régimen de despotismo y de esclavitud, roído el espíritu público por todos los vicios y todas las concupiscencias para decir su palabra redentora y preparar las almas para la conquista del Derecho y el disfrute de la Libertad, que ya no podían obtenerse, sino por la abnegación y el sacrificio.

Luz y Caballero fué un sembrador sorprendente y magnífico.

Los largos bancos de su plantel, una vez que el tiempo ha transcurrido, apreciada totalmente su obra, parecen surcos abiertos en la misma conciencia del pueblo cubano, donde él dejó caer la simiente bendita. Apóstol de la verdad y de la justicia, abonó con su prédica constante y con el raudal de sus sentimientos, aquellas semillas de redención. Y cuando llegó la vendimia, la Patria recogió los frutos: toda una juventud entusiasmada y llena del Ideal, ocupó su puesto de honor en la Épopeya. El viejo Mentor, como el patriarca de la antigüedad que a través del desierto y de cuarenta años de vicisitudes condujera su pueblo hacia la tierra prometida, rindiéndose antes de ver terminada la jornada, así también sólo pudo vislumbrar en sus ensueños, en la sombra confusa e imprecisa que ofrecen los grandes acontecimientos cuando se acercan, el debate final que dejaría sentado el triunfo o la derrota de los dos principios supremos que alentaron tesoneramente su vida de lucha y su obra educativa: la abolición de la esclavitud de los negros y la libertad política de los blancos.

En Cuba nadie ha ejercido tan poderosa influencia como Luz y Caballero. Ni José Antonio Saco, a pesar de su larga penetración, sentido previsor y de sus excelentes dotes y facultades extraordinarias como político, escritor, polemista; ni Domingo Delmonte, cuya acción se intensificó más bien en las corrientes literarias de su época. Sin embargo: Luz y Caballero no era el tribuno que arrebató las multitudes, ni el modelador de frases o expositor



=Del tomo *Lecturas Cubanas*, Habana, 1924. Al Dr. IRAIZOS, tantas gracias por el obsequio de este libro constructivo.=

obra de beneficio general. Y sobre todo: en su colegio, *templando las almas para la vida*, enseñando con el ejemplo, desarrollando todos los factores espirituales, preparó un fruto mejor para la patria, sin decaer un solo instante su voluntad, que, como él mismo decía, era una fuerza motriz más enérgica que la corriente eléctrica y que el vapor; y sin perder nunca la fe, norte y luz de todos sus propósitos.

¡Poder incontrastable de las ideas! Luz y Caballero no era revolucionario: *daba al César, lo que era del César*; pero preparó con sus doctrinas la más bella de las revoluciones: aquella que aspira a investir los hombres con la dignidad del ciudadano y a proclamar los pueblos como dueños de sus destinos. Es vulgar ver un agitador provocando un tumulto y guiando una muchedumbre ciega. Se repiten en la Historia los caudillos que animan una sublevación con los vivos reflejos de su espada. Y es constante, en los anales de la Humanidad, observar los monarcas impulsivos que llevan su pueblo a la guerra dura y cruel, por móviles de conquista, ambición, soberbia o futilidades de familia. Pero que un maestro de escuela, pacífico y austero, sembrando en los pechos juveniles el amor a la tierra en que se nace, el deber de servirla en todas las ocasiones, la obligación severa de procurar su desarrollo y su progreso; y más que nada, infiltrando la devoción a la libertad y a la justicia, como un anhelo infinito, seguro de que no se duerme indiferente en el suelo de la ignominia, cuando el ambiente de la opresión exige que nos pongamos de pie; que este modesto preceptor, todo ternura y bondad, desde el rincón de su biblioteca, o desde la silla de su clase, con el ejemplo de su vida y con la palabra de su lección, poblara de héroes las selvas abruptas, de mártires las prisiones, y de misioneros los ásperos caminos del exilio, es algo sorprendente y maravilloso, que trae a la imaginación la figura de aquel otro hombre providencial, inmenso por su idea y por su sacrificio, y que la historia conoce con el grato nombre de Jesús de Nazaret. Los buenos sembradores brindan estos espléndidos acontecimientos y estas sublimes paradojas.

No ha necesitado la República tener un calendario cívico para erigir a Luz y Caballero como el santo patrón de su escuela laica. No sólo obliga a ello un devoto recuerdo de gratitud a nuestro Don Pepe; no sólo la significación de su obra en el mejoramiento de la instrucción pública en Cuba, sino que todo Luz Caballero, su pensamiento y su labor, su espíritu,—el espíritu que vivificó como un inextinguible foco de luz la magna empresa de «El Salvador»,—continúa siendo fuente purísima e inagotable de inspiración y de amor, a donde acuden los que por su cariño a la niñez y a la escuela, piensan como él que la educación es un contrato con Dios y no con los hombres.

Cuando el Maestro advirtió la escasez de sus fuerzas físicas, la debilidad de su depauperado organismo y veía

de conceptos, capaz de brillar en el libro o en el periódico. Su influencia fué personal. Su campo propio fué la Escuela. Su victoria, la victoria del Maestro. Modelo de ciudadano, afanábase siempre en el mejoramiento de las condiciones materiales y morales de su isla nativa, y nunca negaba su concurso a ninguna